

MARIANO FUENTES LIRA

LA PINTURA DE MARIANO FUENTES LIRA

Pertenece Mariano Fuentes Lira a la generación cusqueña que, nacida en la primera década del presente siglo, hizo su aparición hacia el año 30, portadora de un nuevo concepto en la valoración de los problemas nacionales. Esa generación responde a un fenómeno social no registrado antes en el Perú; al advenimiento en la arena política, de la clase obrera y de una pequeña burguesía intelectual inquietada con los grandes problemas sociales que agitaban al mundo de la primera post guerra. Su aparición no es una mera casualidad; su posición política, tampoco es resultado del puro snobismo. Los hechos posteriores, la historia del Perú en los últimos veinte años, le confirman plenamente en ella y le dan la razón. El próximo porvenir dirá su final veredicto. Es una generación que tiene su sino y tiene sus hombres. Bien vale esta previa ubicación de Fuentes Lira, para comprender y valorizar su arte.

La obra del artista y la posición del hombre guardan conexión. El hombre que no expresara su pensamiento y su posición ante la vida a través de su obra, sería un simulador, un fantoche, un títere. Fuentes Lira, pintor vocacional, de profundo temperamento creador desde sus años infantiles, procede de la entraña popular. Díganlo sus rasgos acusadamente autóctonos que no alcanza a desmentir la perilla caprina que ha reemplazado en él a la antigua peluca y al chambergo haldudo, rezagos de la bohemia sentimental de su adolescencia. Su formación es sencillamente personal, autodidacta. Cuando comenzaba a manchar de acuarela sus primeros cartones, no existía escuela ni academia en el Cusco. Casi no llegaban tampoco publicaciones de arte, las exposiciones eran raras y los pintores que llegaban de la Argentina, de Bolivia y los peruanos de fuera del Cusco, también eran pocos. Pero eran acogidos en una peña que presidía con su dolorosa ancianidad Angel Vega Enríquez y vitalizaba la movediza inquietud de Roberto Latorre. Recordamos aquellos nombres: José Sabogal, Camilo Blas, el cholo Pantigozo, el cordobés Malanca, el jujeño Guillermo Buitrago, el retratista Martínez Málaga, nombres ahora ilustres muchos de ellos. A su vera, como aprendiz y aficionado, trabajaba Fuentes Lira y con él otros que esgrimían lápices y pinceles. Fuentes Lira tuvo que salir

del país en voluntario destierro y se detuvo cerca, allende el Lago, en las tierras del Choqueyapu. En la Paz trabajó de firme disciplinó visión y pulso y guiado por Cecilio Guzmán de Rojas, el malogrado maestro boliviano, comenzó a destacar su recia personalidad de pintor. No puede haber sido más rotundo su triunfo en Bolivia ya que pasó a ocupar una cátedra en la Escuela Nacional de Bellas Artes y, por encargo del gobierno boliviano, tomó a su cargo la decoración de la Escuela Indigenal de Huarisata, sin lugar a duda, el más valioso ensayo de educación indígena que se ha hecho en América, descontando México.

Aquello de que nadie es profeta en su tierra, se evidencia en el caso de Mariano Fuentes Lira. Aquí, tal vez habría terminado como pintor de anuncios, reducido a un pobre sueldo de oficinista. El que surjan artistas en un pueblo pequeño y pobre es una verdadera tragedia. ¿De qué pueden vivir los artistas, cuando las gentes ricas nunca compran cuadros y prefieren un retrato iluminado de pésimo gusto, facturado en serie por agentes yanquis? Nuestras gentes están buenas para llenarse la boca con obras ya tocadas con el nimbo de una gloria tardía e inútil, cuando los actores han muerto quién sabe en qué angustia y en qué pobreza. Que lo diga desde su tumba, el difunto Pancho Olazo.

Pero no es ese, por felicidad, el caso de Fuentes Lira. Luego de triunfar, no con el barato triunfo de las referencias periodísticas, con recortes de diario, ha regresado a su tierra natal, trayendo una obra extensa y valiosa. Valiosa, no es un mero decir ni un piropo. Su exposición realizada en los salones del Hotel de Turistas, durante la semana del Cusco, es la confirmación de estas palabras. Fuentes Lira nos ha mostrado su obra realizada allá, en el altiplano boliviano. Su pintura está saturada de esa solemnidad hierática de la altipampa, de la poesía que emerge del azul inefable del lago mitológico y de sus cielos profundos y altos: las aguas y los cielos más altos del planeta. La choza del pastor aymara a la vera del lago y cabe las cumbres propicias donde vigila el Auqui, el dios familiar y protector. La iglesuca perdida en la inmensidad punática, con el oro pálido y desvaído de su techo pajizo y en la que parece un índice extendido al infinito, como un menhir tiahuanacota, la torrecilla piramidal que termina en una cruz minúscula. Sus óleos -paisajes, tienen densidad de materia plástica que producen sensación táctil y sensual que sólo conocen y sienten los pintores. La gama de su paleta es cálida y rica en grises. Buen colorista, logra acordes insospechados y los más finos matices en su poéticas versiones del natural.



MARIANO FUENTES LIRA. *Campesino* colla
Oleo (Escuela de Bellas Artes)

Lira, que ha vivido bastante tiempo entre los acantilados grises y los barrancos de la Paz, cerca de los glaciares y las cuchillas del Illimani, han sabido traducir bien, el raro embrujo de ese paisaje donde está presente la obra de las fuerzas geológicas, como un encaje de rocas en que se haya complacido algún dios de la mitología aymara. Esas rocas penitentes, como fantasmas, esos gigantes hongos y esos raros castillos almenados, como visiones de pesadilla, parecerían arrancados de los lienzos de Böcklin o de los dibujos de Doré, si no fueran trozos reales de Calacoto, de Obrajes y otros rincones pazeños.

No faltará quien acuse de academismo a ciertas cabezas indias tratadas a la sanguina, el carboncillo o al óleo. Sin embargo, la fuerte humanidad de esos rostros bronceados en los que un antropólogo puede estudiar la configuración de los caracteres étnicos, brota por encima de la meticulosidad del procedimiento, rebasa la mecánica destreza del «métier» y está palpitante y viva con su tragedia, su problema y sus complejos. Los retratos indios no son meras semblanzas frías, académicas, son testimonios del espíritu de la raza que creó obras perfectas y acabadas en la Puerta del Sol, en Machupicchu y en Sacsayhuamán. Poca falta hace ser muy zahorí, para descubrir a través de esas miradas de águilas y de alkamaris, la tragedia de la nacionalidad indígena, mas también la afirmación rotunda de su pujanza y vigor, atrofiada por siglos de explotación inmisericorde, en el tranquilo empaque y la orgullosa nobleza de los «amautas» de Huarisata, junto a la belleza campesina de las «pankaras» silvestres, con rostros de kantutas y sankayos. Sus acuarelas tienen la sabia sencillez, la limpia transparencia y el encanto de las mejores del género.

Toda la pintura de Fuentes Lira, así como sus tallas en madera - modalidad de profunda raigambre indo-mestiza- es figurativa y objetivista. La temática de su arte, puede soportar con orgullo, el mote de moda de los snobs: «anecdótica». Ahora que ha invadido la moda del abstraccionismo en pintura, el desprecio por el indigenismo y la servil imitación de los modelos parisinos - arte de disolución, detritus de la decadencia burguesa - el fuerte realismo objetivo de la pintura de Fuentes Lira, aparece como pasadista y retrasada. No es, ciertamente el suyo un arte a la moda. Y está bien así, pintando indios collas y paisajes altiplánicos, con absoluta objetividad, pero interpretando los modelos a través de su recio temperamento, realiza obra mucho más trascendente y perdurable, que descoyuntando la realidad, trazando volutas, manchas y

garabatos incoherentes, en una especie de balbuceo pueril, que a esto se llama pomposamente «arte abstracto». Es posible que no tengamos sensibilidad para comprender el arte metafísico de los pintores abstractistas o que seamos demasiado ignorantes, para estar al tanto de los más recientes «ismos». Pero si la memoria no nos falla, el arte abstracto, de tanta moda actualmente, como el mambo, ya escandalizaba a los pacíficos burgueses parisienses, años antes de la primera guerra mundial, allá por 1912. De entonces data el cubismo de Picasso y sus innumerables imitadores. Bráque, Léger, Gris y compañía. Luego sucedió, en fantástica danza de barajas, la multitud de «ismos» de la pintura actual. La novedad del abstraccionismo entre nosotros, diremos concretamente en Lima, nuestra capital y nuestro más calificado centro artístico, resulta pues, una novedad tardía. Siempre las modas nos llegan de Europa con bastante retraso. Es probable que las damas elegantes nos desmientan, ya que los nuevos modelos pueden ser ahora transmitidos por teléfono, en el mismo momento en que son sacados a la calle. Pero en pintura, sucede lo contrario; la moda de ahora es la de los primeros años del siglo en Europa, si no es la de los últimos del ochocientos. De aquí que por contraste, la pintura realista, objetiva, indigenista, «demodé» y pasadista de Fuentes Lira, sea un arte que está al alcance de los entendidos y de los que no lo son, un arte apreciable por todos los que tienen ojos para ver. La pintura siempre fue un arte figurativo desde la pre historia, es un idioma universal que no necesita traductores. Cuando la pintura requiere traducción literaria y un cuadro pide como complemento una glosa, es posible que hayamos dejado los dominios de la plástica para invadir los de la poesía, la música o más seguramente, los de la literatura. Y todavía no se ha pintado un cuadro con puras palabras. No obstante, parece que marchamos hacia ese fin: el cuadro abstracto debe requerir de la exégesis literaria para ser comprendido. La pintura ha terminado su misión.

En medio de esta atmósfera delicuescente que, felizmente, no ha llegado hasta estas alturas, la pintura de Mariano Fuentes Lira, representa una tabla de salvación. A ella nos acogemos los que todavía creemos que la pintura debe ser sencillamente pintura.

Que Fuentes Lira todavía no ha realizado su obra peruana, es distinto. Toda su anterior labor está hecha en Bolivia y explota temas del altiplano. Habrá que pedirle a nuestro pintor, ahora que está reintegrado a su tierra natal



MARIANO FUENTES LIRA. *Paisaje*
Oleo (Pinacoteca del Instituto Americano de Arte)

que haga obra peruana y obra grande. Desde su cargo de Director de la Escuela Regional de Bellas Artes ya ha comenzado una tarea de siembra y de orientación. De sus manos expertas, saldrán obras de serena y reposada madurez y, de su experiencia y de sus enseñanzas, aprovecharán grupos de discípulos que están llamados a continuar la tradición de los viejos maestros de la Escuela Cusqueña del siglo XVII. No a resucitar su artesanía de copistas de estampas bíblicas en una regresión absurda, sino el espíritu y el meollo creador de aquellos.

«El Comercio», Cusco 1º de Enero de 1953.

PORTICO

"Ars longa, vita brevis"

Ahora que Mariano Fuentes Lira ha muerto y sólo quedan de él su osamenta y su obra, es decir, lo mejor de su vida, es llegada la hora de mensurar y ponderar el verdadero y real curriculum vitae del gran artista y maestro, tarea que no puede circunscribirse en unos pocos párrafos destinados a poner un evocativo marco a la presente Exposición póstuma de sus pinturas y dibujos.

Me cupo la suerte de haber compartido su amistad casi desde la adolescencia, cuando juntos concurríamos a la Academia de Dibujo, Pintura y Modelado organizada por el «Centro Nacional de Arte e Historia», núcleo elitista de la intelectualidad y el arte cusqueños, presidido por su fundador y animador, el grande y olvidado cusqueño don Angel Vega Enríquez, allá por 1923.

También juntos hicimos vida artística y bohemia durante la inquieta y convulsionada década de los años 20, hasta que los avatares del destino y la política nos separó, al exiliarse él, acosado por la reacción cavernaria imperante en el Perú a la caída de Leguía.

Fuentes Lira se estableció en la Paz hacia 1935 y siguió estudios profesionales en la Academia Nacional de Bellas Artes de Bolivia, bajo la dirección del maestro Cecilio Guzmán de Rojas. Culminó su formación en forma brillante, mostrando su temperamento creador y sus innatas dotes de artista plástico, cualidades que le valieron ser propuesto por el gobierno

boliviano para ocupar importante cargo docente en la famosa escuela de Warisata, centro experimental de educación autóctona, donde encontró terreno propicio para desplegar su talento, no sólo en el campo de la pintura, sino como escultor y tallista en piedra y madera.

La obra realizada en Warisata, marca así un hito cenital en la carrera artística del pintor cusqueño. Presentó en esta etapa numerosas exposiciones de sus obras en La Paz, antes de emprender una triunfal gira a la otrora orgullosa Villa Imperial de Potosí y a las principales ciudades del interior del país, consagrándose como destacado valor de la moderna plástica indigenista boliviana, pese a su nunca desmentida nacionalidad de peruano. Años después, lo encontramos en Río de Janeiro, Buenos Aires y otras capitales sudamericanas, mostrando su pintura indigenista en exhibiciones siempre bien acogidas por la crítica.

En 1950 queda cerrado el ciclo boliviano de Mariano Fuentes Lira; ese año es solicitado por el gobierno del Perú para encargarse de la reorganización de la Escuela Regional de Bellas Artes del Cusco, su tierra natal. Desde entonces, hasta la víspera de su muerte, da inicio a una obra organizativa y creadora que -creo yo- no ha sido valorada debidamente en su real trascendencia.

El pintor, el artista Fuentes Lira, se eclipsa prácticamente, su producción se reduce a pocos óleos y dibujos y, durante más de treinta años -los mejores de su vida- los dedica a la ingrata y ardua tarea educativa. Por eso, pienso, que la mayor herencia de Mariano, es esta Escuela, «su escuela», la hija de sus sueños y de sus desvelos. Soy testigo de sus trajines y sus andanzas para mantenerla viva en circunstancias harto difíciles y conflictivas; muchas veces le reproché cordialmente esa suerte de total entrega a una obra no precisamente artística, en el estricto sentido estético. Pero el Maestro Fuentes Lira, con admirable esfuerzo, culminó su obra, entregando a las actuales generaciones de artistas y a las venideras, este hermoso monumento entrañablemente unido a la tradición nobiliaria del Cusco Virreynal: el Palacio de los marqueses de Valleumbroso.

Estos pequeños óleos y dibujos de pergeño y concepción realista, forman parte de su parco pero valiosísimo legado artístico y lo sitúan, con toda justicia, en puesto de honor entre los pocos pintores cusqueños del presente siglo,

llámese Francisco González Gamarra, Agustín Rivero, Francisco Olazo y algunos más. Me refiero obviamente a quiénes terminaron su ciclo vital dejando obra valiosa y perdurable.

Aquí está presente, ante los ojos de sus paisanos y compatriotas, una faceta de esa gema andina y peruanísima que fue la vida y el arte de Mariano Fuentes Lira.

Cusco, 18 de Setiembre de 1987.